

MIRET MAGDALENA

MORAL PARA EL SIGLO XX

Nosotros los católicos creemos que hay una moral cristiana, que se contiene en el Evangelio, y que da una orientación básica para los

hombres de todos los tiempos.

Pero lo que no es verdad es que las cuestiones morales propias de la sociedad del siglo XIII —en plena Edad Media— sean las mismas que corresponden a los problemas de la sociedad que vivimos hoy, en pleno final del siglo XX.

Es triste, por eso, que todavía haya moralistas que sigan repitiendo lo que aquellos sesudos teólogos medievales dijeron, y se olviden que nuestros tiempos no son ya así. ¿Quién se acuerda —salvo ciertos libros de moral todavía reeditados— de los *conjuros*, del *duelo*, o de cosas tan morbosas como la «bestialitas» sexual, o del intercambio económico denominado, con nombre que proviene de la época de la invasión árabe, «mohatra»?

Esa es la razón por la cual la moral católica debe estar en perpetua renovación; porque necesitamos vivir el cristianismo a nuestra medida de hombres y mujeres que somos contemporáneos de una cultura que tiene rasgos nuevos, y algunos de los cuales —de estos rasgos— son bastante más maduros y menos infantiles que los de otros tiempos.

Los redentoristas, unos religiosos en vías de «aggiornamento», han aportado estos días una importante contribución a este proceso de renovación de la moral cristiana en nuestra época con valentía y planteándose sin miedo los problemas que actualmente nos acucian.

Han organizado en Madrid un *Congreso de Teología Moral* que tendrá, sin duda, amplia repercusión en el mundo clerical. Y lo digo esto con alegría, por un lado, y con pena, por otro. Porque hubiese sido conveniente que los seglares —jóvenes o maduros— hubiesen tenido mayor presencia en él para aportar sus experiencias y puntos de vista.

Entre una asistencia de más de medio millar de personas, sólo se veían *clergymen*, tocados de religiosas —más o menos renovadas— y algún traje seglar femenino, que no se sabía si correspondía a religiosas *camufladas*, como hoy se estilaba, o a verdaderas seglares. Pero laicos varones, apenas se encontraba ninguno.

Los ponentes de los temas tratados han sido profesores, la mayoría eclesiásticos —religiosos redentoristas, concretamente—; pero sus planteamientos han sido, como he dicho, valientes y realistas.

Los asuntos tratados y discutidos con total libertad han sido: los condicionamientos psico-sociológicos del hombre actual; los nuevos enfoques de la moral; los condicionamientos y condiciones de la ética del amor; la conciencia en el mundo moderno; la independencia legítima de lo profano respecto a la pretensión de poder que tienen los eclesiásticos; las situaciones límite, que llevan a posturas nuevas, comprometidas y difíciles; la moral y la sociología de la revolución.

El tema concreto de la *pildora* y de la *Humanae Vitae* han salido a relucir sin remilgos ni tapujos. El delicado problema del *divorcio*, también. Las relaciones sexuales prematrimoniales y las desviaciones sexuales juveniles se han debatido ampliamente. Los problemas del celibato en el clero, o de la virginidad en religiosos y religiosas, han sido enfocados con lealtad y franqueza. Y el futuro de la Iglesia, en un mundo que pretende transformar radicalmente las estructuras de la sociedad, también.

La figura central de este Congreso ha sido el profundo moralista católico Padre Bernard Haering, bien conocido por su postura respetuosamente crítica de algunos puntos sobre el control de natalidad, que le parecen demasiado rígidos en el enfoque que se ha dado a la encíclica última de Pablo VI. También ha destacado el Padre Hortelano, este teólogo español, poco conocido en el mundo profano, que sorprende por su apertura y valentía, sin demérito de la profundidad.

Como los temas son de evidente actualidad, he de ir tratando de ellos en sucesivos artículos. Pero hoy quiero centrarme

en el difícil asunto de la *moral de la revolución*, tal como lo ha expuesto el Padre Haering, sin quitar ni poner nada de lo que él ha dicho. Y adelanto que, para él, revolución es sinónimo de cambio y transformación, y no de acción de fuerza o de violencia física.

Ha recordado una gran verdad sociológica, olvidada por bastantes dirigentes de la Iglesia: que éstos fácilmente se conforman con las situaciones establecidas y están poco dispuestos al cambio.

Yo sé, por informaciones solventes, que en Roma están preocupados —por poner un trivial ejemplo— por la cómoda postura de algunos Obispos que no se deciden a prescindir de sus privilegios ni hacen gran cosa por jubilarse. La razón es sencilla: se han acostumbrado a conservar, más que a renovar, y les cuesta darse cuenta de ello y —sobre todo— dar el paso decisivo.

Lo mismo que ocurre frecuentemente en asuntos civiles, económicos o sociales. Decía el Padre Haering que «los que tienen el poder están siempre inclinados a defender el *statu quo*». Lo mismo en las instituciones religiosas —como en la Iglesia—, que en las profanas —como el Estado—. Lo grave es que «con frecuencia la Iglesia no solamente ha defendido su *statu quo* propio, sino también otras situaciones exteriores a ella». Todos vemos la facilidad —según él— con que se ha aliado, o tolerado, a aquellas situaciones históricas, en el plano económico o social, que se olvidan del necesario cambio para ajustar las estructuras de la sociedad a una mayor justicia humana. Y se ha detenido a hablar este profesor de moral de los daños que esta complaciente y cómoda postura de silencio o de apoyo causa, «sobre todo en épocas caracterizadas por el cambio», como es la nuestra del siglo XX.

Sin embargo, ha habido clérigos que esperaban una postura más o menos complaciente con la revolución violenta, y que se han visto defraudados por la decidida postura no-violenta del Padre Haering. Incluso algunos, ante la situación de injusticia, por ejemplo del Tercer Mundo, le han preguntado si esta actitud suya no era excesivamente utópica. Por activa y por pasiva, afirmó Haering su creencia en que el Evangelio conduce a actitudes no-violentas siempre, y que «la fuerza del amor» debe llevar a una lucha pacífica, que él piensa que es mucho más eficaz, para obtener una mayor justicia social, que cualquier reacción violenta. Gandhi y Lutero King son para él las figuras en quienes debieran inspirarse los cristianos que pretenden una radical reforma de las profundas injusticias de las sociedades modernas.

Sostuvo también que «el poder por el poder es un gran mal», y que «la forma más pura de poder es el poder de la verdad y del amor verdadero». Sin embargo, no ocultó que pueden ocurrir situaciones-límite donde, de manera decidida y permanente, fracasan los métodos de la no-violencia. Es lo que en la doctrina católica tradicional se previó, y por eso se enseñó siempre la posibilidad de la legítima defensa.

No obstante, según él, estas situaciones-límite son raras y excepcionales. Y puso un curioso ejemplo que me recordaba la doctrina de nuestros clásicos Vitoria, Soto y el Padre Mariana sobre el tiranicidio: el de lo que ocurrió con Hitler. Le definió a este político psicópata como un peligroso criminal, no sólo contra su país, sino contra la sociedad en general, y —por eso— opinaba él que el atentado de 1944 para derrocarlo, en el que intervinieron serias y responsables personas, fue lícito, por el peligro que para la Humanidad entrañaba su permanencia en el poder. Pero insistió —como digo— en que esos casos son muy raros y excepcionales, pues difícilmente se dan las condiciones de generalidad, en el mal y la injusticia, que se dieron con Hitler.

También insistió en que está convencido que «si la no-violencia ha permanecido ineficaz —en nuestro mundo actual—, ha sido principalmente porque no ha tenido demasiado pocos seguidores». Ese fue su pensamiento y —como he dicho— me limito a informar de él.

En semanas sucesivas hablaré del tema de la natalidad, el divorcio y la sexualidad, pues fueron muy dignos de meditación sus comentarios.